

De oportunidades y oportunismos

Los últimos meses han mostrado lo más bajo de la política tradicional y electoral, que imprime todos sus esfuerzos a las estrategias maquilladoras y sofistas, impulsados por esa “magnífica disciplina” del marketing político, por las grandes empresas de comunicación - con presentadores muy distantes del ejercicio periodístico, hechos a la medida de los intereses de los poderosos empleadores que les manejan-, y por todas las triquiñuelas de los detentores del poder político y económico para caer siempre de pie, montados sobre todos los comodines posibles para no dejarse desatornillar del poder y mantener asegurados sus turbios negocios hechos con despojo y muerte. Falló Cabal, falló Zuluaga, falló Gutiérrez, falló Fajardo... van con su última bala vestida de tiktokker senil.

La segunda vuelta es reflejo de la movilización social de los últimos años, pero también la cooptación demagógica de la indignación. Los analistas que se quieren neutrales llaman a esto “la derrota del uribismo”, desconociendo –acaso mediante ceguera voluntaria- ese juego de comodines y siendo en últimas funcionales al proyecto político del aparato retardatario, validando con estos “análisis” la nominal independencia del viejo. La cooptación de la indignidad se ha logrado, además, a punta de disparos discursivos que calan muy bien en nuestros sentires: anuncios de la lucha contra la corrupción, de austeridad frente a un gobierno derrochador, y un lenguaje desparpajado y popular, pero que, de fondo, nunca riñe con su papel de empresario de bien.

Es apenas lógico que generen esperanza estos discursos, pero allí se encaraman –y no a último momento- las élites políticas y económicas que nos han sumido décadas en el atraso económico, intelectual y moral, en la desagregación tecnológica y en la descomposición social. Es el último tiro de los poderosos para no quedar tan mal parados, seguir impunes y facturando a las tasas que lo hacen. No hay una ultraderecha inmaculada que sea “buena onda” y “benevolente” con los pobres, y otra fascista que desaparece, despoja y asesina; aquí en Colombia, esos son matices que apenas vende la opinión pública.

Por otro lado, existe una posibilidad de abrir mínimamente el espectro político, un primer paso para que no gobierne la aporofobia y el fascismo. La propuesta de un Estado que se preocupa al fin por garantizar los derechos de su ciudadanía, de participar en la discusión de la cosa pública y de acceder al poder. Ahora bien, el problema de la política y del desarrollo de Colombia no es algo que se solucione con la llegada de Gustavo Petro y de Francia Márquez a la Casa de Nariño. No. Los engranajes del narcotráfico y de la corrupción con las castas dominantes; del paramilitarismo rampante que se acrecienta en campos y ciudades; de los dogmas fascistas que le imprimen a la policía para que ejerza impunemente la persecución a los pobres y a los rebeldes; de los negocios de muerte, despojo y el doblegamiento nacional a los países ricos; el bloque de poder contrainsurgente y la fisiología estatal mafiosa no la desmontan dos personas, ni sus equipos de trabajo, ni se hace sólo con las instituciones.

La posibilidad de arañar la democracia institucional es sólo un primer paso en la construcción de ese proyecto de nación popular, rico y diverso que nos soñamos los pobres, porque el Estado mafioso no se desmonta en las urnas, y el poder, como la paz, no es algo que se decreta. Porque el mal gobierno es algo más que el Estado y porque la democracia es mucho más que las elecciones.

La lucha es en las urnas y en las calles
Paz es democracia para el pueblo

Contacto: marioaponteun@gmail.com